

R.D. DIGORY

LIS
LUZ Y OSCURIDAD



Áurea Ediciones

© Lis: Luz y oscuridad
Sello: Tricéfalo
Primera edición: Mayo 2023
© R.D. Digory
Edición general: Aldo Berríos
Ilustración de portada: Juan 'Nitrox' Márquez
Corrección de textos: Virginia Berner
Diagramación: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Errázuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile
ISBN: 978-956-6183-37-2
Número de Registro de Propiedad Intelectual: 2021-A-7013



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin permiso escrito del editor.

Todos los derechos reservados.

Advertencia: Cualquier acontecimiento de esta obra es tan solo parte de la imaginación del autor y las situaciones que ocurren aquí, son solo hechos de ficción y no tienen relación con la realidad personal institucional de las personas señaladas. Lo único que es del escultismo son las buenas motivaciones o acciones que tienen los personajes, que se establecieron hace más de 100 años por Baden Powell en la famosa promesa scout. El resto pertenecen a la ficción. Solo se ocupa de recurso literario para probar un punto con relación a la vida del ser humano. En fin, descúbrelo por ti mismo.

N.A.

—R.D. DIGORY—



Caos y orden

Capítulo 1



1

El caos existe desde siempre, como si estuviéramos en uno de los viajes más largos y extraños que pueda causar el LSD, provocando un efecto de descontrol que solo puede terminar en dos cosas. La primera es tomarlo y cerrarlo para transformarlo en orden y la segunda es dejar que la muerte te lleve a lo desconocido. Atrapamos el papel en la boca, lo cobijamos entre nuestro paladar y la lengua. Después, sin mayor esfuerzo de la garganta, su contenido es tragado como si fuera algo de un día normal: un jugo a media tarde disfrutando la brisa de primavera. A los minutos la cabeza explota, lo que vemos se transforma en colores vivos para nuestros ojos. Luego se alteran y son sonidos para los oídos y por último se hacen sensaciones para nuestro tacto. Surge un despertar psicodélico de objetos adversos a la realidad anterior. Esto juega con uno y es un verdadero desconcierto para la mente. En palabras simples, se vuelve alucinante. En lo que queda del efecto las dudas surgen y las respuestas se vuelven nulas al contacto con lo que se pueda explorar. Puede que esto haga que muchos tengan miedo de esa pastilla o, por el contrario, solo les dé más razones para disfrutar del efecto, quizá, más raro que tendrás en toda tu puta vida e incluso después de esta.

2

Dentro del caos existe oscuridad. Es lo que somos cuando nos hieren con esa daga que nos clavan y nos hace arder la piel como mil infiernos juntos. Ahí es cuando y frente a este hecho destruimos todo a nuestro paso, dejando que la ira impartida por el dolor se haga presente y derrumbe hasta lo que amamos. Al terminar con ese mismo sufrimiento eterno y la herida que queda, nos damos cuenta de que no somos solo eso, sino que además somos luz. En definitiva, dos caras de una misma moneda que algún estafador brillante lanzó hacia el aire, mientras quería aprovecharse de la atención del público para robar. En fin, el bien, el mal, la luz y la oscuridad. Esa misma luz y oscuridad que están dentro de nosotros y que son parte del caos y el orden. Existen en el universo desde muchos siglos. Eones. Una constante lucha sin igual entre dos fuerzas que se rehúsan a perder, parecida a los grandes titanes del Olimpo peleando por dominar el mundo. Desde estas mismas energías se generó el Big Bang y, a su vez, chocando en varios espacios, se originaron las luces brillantes que hoy vemos en el cielo. Mundos completos fueron creados. El sol y la luna se mostraron en los cielos. También se crearon dos mundos que sin saberlo subsisten uno junto al otro, aunque sin una conexión definida.

3

El primer mundo era el de los humanos, que comenzó con cavernícolas que se ocultaban en cuevas y cazaban para sobrevivir a los ambientes más salvajes de aquella época. La adversidad constante se volvió tan cotidiana para ellos que matar se convirtió en un deporte. El otro mundo era el de los espíritus, quienes lucían desde el cielo cada noche al caer el sol. Se podían contar como estrellas sin saber que lo que eran en realidad. Este desconocimiento de los humanos no difi-

cultaba su diario vivir. Por su parte, los espíritus sí podían ver las acciones de los seres humanos, sus creaciones y su convivir. Los humanos admiraban el cielo estrellado preguntándose por la existencia del todo, como si un pintor las hubiera dibujado después de haber tenido una crisis en medio de una larga noche oscura y ellos no supieran por qué ni quién era el artista. Eran humanos, creatividad no les faltaba, pero al no tener una respuesta, generaban otras que no siempre los llevaban a un mayor conocimiento. Solo eran un tope para este. Al final de cuentas, lo que no se entiende y no se puede ver, para el humano no existe.

4

Con el pasar del tiempo, el mundo de los humanos fue avanzando lentamente. A través de los siglos llegaron a inventar distintos objetos, pensamientos y sociedades. Entre los objetos estaba la vestimenta. Eso, a medida que pasaron los años, categorizaba sus clases sociales, que representaban el bien material reducida a la codicia por el dinero y los lujos. Las velas, los autos y las ampollitas eran una muestra de todo esto.

Algo más allá del goce material era la escritura: un puerto seguro de conocimiento parcial que con el tiempo se iba enriqueciendo y complementando. Con eso también está involucrado la invención de la droga, cuyos efectos desordenaban la mente para viajar sin caballo ni avión.

Otro invento fue el erotismo. Más allá del simple sexo, los humanos dejaban fluir con arte ese deseo carnal y espiritual que traían consigo rasguños y gemidos bajo las típicas sábanas blancas de los moteles. En el momento se podía sentir un calor, un pequeño ardor que cubría por completo el cuerpo, mientras la pasión se desvestía entre ambos seres. Eso, al otro día, los dejaba cantando las típicas canciones románticas de la radio de las nueve de la mañana mientras limpiaban

la cocina en la soledad de una casa, pero por dentro la mente actuaba y hacía que la excitación surgiera de nuevo con una picardía que se sentía entre los pantalones.

Pero en cada humano se podía apreciar la oscuridad. Un ejemplo claro eran los monarcas que se levantaron contra su pueblo e impusieron reglas con impaciencia y una furia letal, un veneno que consumen en la mesa luego de haber acribillado a muchos inocentes. Después de la opresión y el miedo que se genera, nace la rebeldía, los gritos de lucha se levantan y el sacrificio se contempla como heroísmo, para que así pueda latir la tranquilidad entre sus corazones y brille una vez más una victoria ante ese agente que dejó de representar la bondad del ser humano, o sea, la luz. El dictador es la magnificación de la crueldad entre sus órdenes, mientras se sirve un pedazo de carne con un vino en una mesa fina de madera, sin importarle nada lo que pasa allá afuera.

5

El mundo de los espíritus era algo distinto. Podían admirar el mundo a sus pies como un partido de fútbol visto desde la casa, pero no lo escuchaban. Al inicio, para poder quedarse ahí, hicieron un pacto con el universo para convertirse en animales. Algunos aparecían en los libros mitológicos guardados en las bibliotecas del mundo que estaba bajo sus pies. Por siglos habían tratado de hacer algún tipo de conexión con los supuestos inventores de abajo, pero era inútil.

Entre las criaturas estaban los ciervos, tiburones, lobos, halcones, y otras más complejas como elfos, duendes, centauros o dragones. Este mundo estaba separado por una muralla invisible entre la luz y la oscuridad, dejando que solo algunos pasaran a lo que llamaban el Consejo de la Roca: animales de luz o de oscuridad encargados de tomar las decisiones de lo que pasaba en su mundo. Los animales de luz eran bondadosos, nobles y puros; los de la oscuridad eran

ruines, agresivos y vengativos. La noche era el único momento del día donde se podía apreciar parte de su mundo; el resto estaba oculto para los humanos. El mundo de los espíritus estaba rodeado por bosques eternos con grandes árboles y enormes parajes. Para ellos, algunos días había armonía, pero otros, solo caos.



La llegada de ellos

Capítulo 2



1

Lo único que veían era una mezcla de imágenes, como pinturas moviéndose a una velocidad donde todo es inexacto. Esos colores se detuvieron definiéndose en un cielo cubierto de estrellas. En el instante en que dejaban que sus ojos vieran dónde estaban, un dolor de cabeza se asomó. No solo era una migraña: era algo más. Ni ellos estaban seguros. Aún no tenían una respuesta de su cuerpo, pero sentían cómo una brisa los rodeaba al estar en el suelo, lo que les permitió en pocos segundos sentir los pies y las manos. Se levantaron algo confundidos, como si despertaran de una pesadilla. Se observaron unos a otros entendiendo muy poco de lo que estaba pasando. Sentían el césped entre los dedos mientras unas montañas se visualizaban a lo lejos. Por detrás de sus nuca el horizonte solo era agua.

Eran completos desconocidos para sí mismos y entre ellos. Su cabeza era un caos por el terror de no saber dónde estaban ni quiénes eran. La imaginación activa los condenaba, aunque había que darle crédito a la tranquilidad de que, por lo menos, no estaban siendo torturados por un muñeco en triciclo. Aun así, el no saber cosas los comenzó a desesperar. Bajaron la cabeza para mirar sus manos y en sus muñecas los deslumbraron unos dibujos extraños. Sus ropas eran iguales; eso los asustaba. Su mirada se volvió al cielo. El brillo de las estrellas los cegó por un momento y solo

escucharon que algo se aproximaba. Para ellos solo era una sombra. Al estar cerca escucharon las palabras desconocidas de alguien y sus oídos se fueron ensordeciendo.

2

El sonido de madera rompiéndose para ser echada al fuego hizo que uno de ellos se despertara. Al lado de ese fuego se veía una figura sentada de espaldas admirando las estrellas. Quien acababa de despertar se acercó silencioso y tomó esa figura humana por la espalda. Con su gran tamaño lo sorprendió arrojándolo el suelo y le dio un golpe que lo hizo hablar:

—Detente. ¡Detente! No soy tu enemigo. No me mates —exclamó la figura, que con su grito despertó a los demás que estaban recostados en el césped. Todos ellos tenían los ojos blancos, como si algo bloqueara su color.

—¿Quién eres tú y qué quieres con nosotros? —preguntó el atacante con el puño todavía en la cara del otro.

—Soy Arthur. Solo quiero ayudarlos —dijo el ser presentándose con el temor de que otro golpe le llegara—. ¿Y tú, desconocido viajero?

—No lo sé —susurró en medio de la noche mientras los otros lo miraban.

—Puede que el viaje te haya afectado, a veces pueden ser raros —sugirió Arthur.

—Yo tampoco lo recuerdo —declaró una mujer con preocupación.

—Ni yo.

—Yo menos.

—Ya sé qué paso aquí —determinó Arthur apartándose de quien lo había golpeado—. No necesitan decirlo, lo recordarán después.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo también fui uno de ustedes.